

**ALBERTO ADRIANI,
EL ABEL QUE SE PERDIÓ VENEZUELA.
IN MEMORIAM A LOS 125 AÑOS
DE SU NACIMIENTO.**

ENRIQUE URDANETA FONTIVEROS*

* Profesor Titular en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

“En estos momentos la nación espera mucho de los hombres fuertes, rudos y de buena voluntad de sus campos. No hay que dejar la tierra sin cultivos y no se debe permitir que el pan falte a los venezolanos”.

Alberto Adriani

24 de marzo de 1936.

*Primera alocución radial como
Ministro de Agricultura y Cría.*

Pareciera que hay una constante terrible en el destino de Venezuela. Una especie de condena que de tiempo en tiempo se nos impone. Este *Fatum*, a decir de los romanos, o *Moirá* para los griegos, nos lleva a perder a relevantes coterráneos en edades tempranas. Inteligencias, talentos o ingenios que estaban destinados a importantes misiones nacionales. Quizás el primero que se me viene a la memoria sea el mariscal Antonio José de Sucre, asesinado vilmente cuando tenía 35 años. Pero no solo en la política nos ha sucedido. Ramón Delgado Palacios, el mítico pianista que llevara el vals venezolano a la altura de música de concierto, falleció en 1902 con apenas 35 años. El poeta modernista Cruz Salmerón Acosta muere víctima de la lepra a sus 37 años. Dos reconocidos cultores de la narrativa y la lírica, enmarcados en la generación del 18, Luis Castro y Luis Enrique Mármol, se despiden de este mundo cuando ni siquiera tienen 30 años. El bardo y cuentista, Ángel Miguel Queremel, pilar del renombrado Grupo Literario Viernes, fallece en 1939 a meses de alcanzar su cuarta década de existencia.

En el siglo XX, sin importar las ideologías, jóvenes y notables dirigentes políticos perdieron la vida antes de cumplir 40 años. Tal es el caso de Pío Tamayo, Leonardo Ruíz Pineda, Antonio Pinto Salinas y

Alberto Carnevalli, Otra de esas figuras que falleció a una edad temprana, privando al país de su talento, fue el eminente jurisconsulto Carracciolo Parra León, conocido como “El joven sabio“, que antes de los treinta años ya poseía dos doctorados, una envidiable bibliografía en temas de historia, filosofía y literatura, era Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y se desempeñaba como profesor de Derecho Español, Derecho Público Eclesiástico y de Principios Generales del Derecho en la Universidad Central de Venezuela. No alcanzaría los 40 años debido a una cruel enfermedad.

En este último listado sobresale también el apreciado nombre de Alberto Adriani¹. Aunque tampoco cruzó ese meridiano de las cuatro décadas pues murió con 38, Adriani dejó una honda e indeleble huella en la Venezuela del siglo XX. Aún hoy sus ideas y propuestas siguen retumbando, como el tañido de las campanas de la conciencia, sobre cada gobierno que detenta el poder. Más aún sobre aquellos que lo hacen desde la irresponsabilidad, el despropósito y la mediocridad, como es el caso del actual régimen.

Después de haber leído el emotivo Discurso de Orden que pronunciara el Dr. Román José Duque Corredor en la Catedral de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de la merideña ciudad de El Vigía, el pasado 14 de junio con ocasión del acto en honor a los 125 años del natalicio de Alberto Adriani, quisiera evocar la figura de este valioso compatriota. Me apresto a escribir estas brevísimas líneas para dejar testimonio de mi admiración por un venezolano ejemplar cuyo ideario debe servirnos de guía para el porvenir en esta hora menguada de la patria.

Alberto Adriani era merideño. Su nombre completo revela sus raíces italianas: Alberto Rómulo Adriani Mazzei. Aunque habría que precisar que sus antepasados tenían origen corso como lo delatan sus apellidos. Nació el 14 de junio de 1898 en la calle 3 del pueblo de Zea, rebautizado así en los años previos a su nacimiento, pero hasta hacía muy poco conocido como Mumuquena. Hay que comentar que Zea apenas tenía entonces unos 500 habitantes. Su padre, Giuseppe, fue un

¹ Para una completa semblanza biográfica, véase: Domingo Alberto Rangel, *Alberto Adriani o la Venezuela que no pudo ser*, Mérida Editores, Mérida, 2004; Armando Rojas, *La huella de Alberto Adriani*, Fundación Alberto Adriani, Caracas, 1994; Luis Xavier Grisanti, *Alberto Adriani*, Editora Libros El Nacional, Caracas, 2008.

próspero comerciante que decidió “nacionalizar” su nombre. Por ello le llamaban don José. Los Adriani Mazzei tan solo habían llegado en 1894, de allí que el acento italiano todavía era muy notorio. Al poco de nacer Alberto, la familia se mudó a una casa más espaciosa y elegante, hoy conocida como Casa Adriani, a unos metros de distancia de su residencia original. La madre fue la primera maestra del niño Alberto. Esa capacidad de conocer el español y el italiano le sirvió al párvulo para dominar desde muy pequeño varios idiomas. Adriani llegó a hablar, aparte de los mencionados, el inglés y el francés.

La educación primaria la completó en su pueblo natal, de la mano de meritorios y abnegados maestros como Hermes Valbuena y Félix Román Duque Morales, este último un joven profesor que había sido contratado en La Grita para que viniera a fundar una escuela moderna, el Instituto Santo Tomás de Aquino. Allí Adriani y sus hermanos adquirieron los tan necesarios conocimientos básicos. Valga recordar que el profesor Duque Morales es el abuelo del eminente jurista y colega académico, Dr. Román José Duque Corredor, hoy en día presidente de la Fundación Alberto Adriani.

Cuando Zea se le hizo pequeño para su curiosidad y ansias de sabiduría, puso rumbo a Mérida. Allí cursó la secundaria en el liceo adscrito a la Universidad de los Andes, conocido actualmente como Liceo Libertador. En sus aulas entabló amistad con un joven intelectual que se convertiría en una de las mentes más luminosas de la Venezuela del siglo XX, Mariano Picón Salas.

Pero las miras de Alberto Adriani apuntaban hacia el mundo, hacia lo universal. En esa búsqueda soñó con hacer que Venezuela estuviese en el ojo de ese huracán que suponía la tecnología aplicada al campo y los nuevos avances y teorías en la economía. Se instala en Caracas y estudia derecho en la Universidad Central de Venezuela. En sus aulas Adriani destaca como uno de los mejores alumnos de su cohorte, llamando la atención de profesores como el Dr. Esteban Gil Borges, entonces Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno del general Gómez. Es justamente Gil Borges el que lo nombra en la Delegación que en abril de 1921 asistirá a Nueva York a la inauguración de la Estatua Ecuéstre de Simón Bolívar en el Central Park. El envión de ese viaje lo lleva hasta Ginebra donde ejerce por unos meses como Cónsul.

En aquella ciudad estudia Economía y Ciencias Sociales. Todo esto le significa el despertar a la modernidad y su visión de futuro.

En 1925 se traslada a Londres a seguir sus estudios, pero además participa de una aventura digna de una película. Un relato que se conecta con nuestro acervo cultural e histórico. Junto a Caracciolo Parra Pérez descubre el archivo de Miranda, llamado *Colombeia*, guardado por años en una mansión fuera de Londres. Aún falta determinar cuál de los dos hizo formalmente el descubrimiento. Esos detalles pertenecen a la investigación por hacerse, pero Adriani sin duda es protagonista de primer orden.

Gil Borges se lo vuelve a llevar a Estados Unidos y lo pone al servicio de la Unión Panamericana, institución entonces recién creada, donde se desempeña como Jefe del Departamento Agrícola. Justamente ahí desarrolla una labor investigativa y estadística que permitirá poner a Venezuela en una posición de avanzada continental en esta materia. En 1931 regresa a su patria y en artículos de prensa expone su idea, pionera y reveladora, de que el país tenga un Banco Central. Este sueño se cumplió 10 años después de él proponerlo y resultó de las iniciativas más provechosas, ajustadas y correctas para nuestras finanzas públicas.

Pero entonces ocurre un movimiento táctico de efectos superiores en el país. En enero de 1936, a la muerte reciente de Gómez, el general López Contreras lo nombra como parte de los autores del llamado “Programa de Febrero”, una suerte de plan de gobierno que pretendía generar un proyecto moderno de país. Su actuación destaca, así que el primero de marzo del mismo año es nombrado Ministro de Agricultura y Cría, cartera que él inaugura. La influencia de Adriani en el gobierno de López Contreras es enorme. Propone y añade modernidad a muchas políticas y le despierta la esperanza a un país que busca imperiosamente el desarrollo luego de la larga noche en la que estaba sumido. Adriani es un abanderado de la democracia parlamentaria y aunque solo pasa dos meses como Ministro fundacional de Agricultura y Cría, lleva a cabo la creación de las comisiones técnicas y abre las puertas a las nuevas tecnologías agrarias de entonces.

De tal relevancia es su figura que López Contreras decide ofrecerle al poco tiempo otra gran responsabilidad. Lo designa Ministro de

Hacienda, procurando el impulso que Adriani trae de lo moderno para un gobierno que busca salir del siglo diecinueve.

En el Ministerio de Hacienda, aunque solo pasó meses, hizo una obra renovadora que todavía se recuerda y alaba. Creó la Dirección de Economía y Finanzas, propuso una reforma profunda del tema arancelario y presentó un proyecto de Ley de Aduanas.

Sin embargo, el 10 de agosto de ese mismo año de 1936, el implacable destino le roba al país una figura de primerísimo orden que venía construyendo un presente vital, una dinámica contemporánea para despertar el país al futuro. Alberto Adriani muere de un infarto en su habitación del Hotel Majestic. Los médicos Cardo y Joffe certifican la causa de la muerte.

El vacío es enorme. El país queda consternado pues suponían a Adriani como el abanderado de esa generación que abriría los caminos de la libertad, la democracia y el porvenir.

Aunque la obra de pensamiento de Alberto Adriani no haya quedado guardada en libros, algunos de sus más fieles y cercanos compañeros compilaron sus artículos de prensa y ensayos. Tres de ellos fueron Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas y Rafael Rondón Márquez. Todos fueron sus amigos y trabajaron cercanamente con él. Decidieron publicar un volumen que recogiera sus escritos. Lo titularon “Estímulo de la juventud” y lo editaron al año siguiente de la muerte de Adriani. Al cumplirse una década de su partida, en 1946, esos mismos amigos decidieron hacer una segunda edición ampliada.² Tengo en mi biblioteca un ejemplar de esa segunda impresión de más de 500 páginas. Lo he leído y releído con fruición, recorriendo su vida intelectual desde las primeras redacciones del Adriani estudiante, sus tesis de bachiller y la universitaria, sus escritos de prensa, sus discursos, hasta sus ensayos de adultez, comunicaciones oficiales y sus obras sobre la acción social, política nacional e internacional y su pensamiento económico.

En aras de revelar un poco las ideas de Alberto Adriani haremos una simple selección de frases sueltas tomadas de este texto. Sentencias que aún hoy en día siguen teniendo relevancia y pertinencia. Algunas de ellas siguen presentes en mi mente desde la primera vez que las leí.

² Alberto Adriani, *Estímulo de la juventud*, Segunda Edición, Labor Venezolanista, Caracas, 1946.

“Si en todos los campos de la vida americana cabe formular amplias y fundadas esperanzas, las mismas o quizás mayores, caben dentro del espectro político”.

“La nueva vida democrática extinguirá el monopolio de la aristocracia, que se mostró lastimosamente incapaz en los días oscuros de la guerra, y conducirá a los vértices de la vida intelectual y de la vida política, las riquezas que se esconden en las capas sociales inferiores.”

“El petróleo es un elemento importantísimo de nuestra economía nacional, y en particular de nuestra economía fiscal, pero no tiene derecho, ni es conveniente dárselo, a la preponderancia absoluta sobre todos los demás elementos de nuestra organización económica.”

“Mientras las dificultades se agravan el tiempo huye, implacable como el destino. Las horas se deslizan furtivamente, llevándose nuestras esperanzas y nuestras oportunidades que son fragmentos de nuestra vida.”

“La educación de la escuela es instrumento eficaz de transformación social, pero no puede compararse con la educación impartida por hombres que la viven, que la practican y la justifican, la prestigian con el éxito. Nuestro país está hoy muy necesitado de ciertas cualidades intelectuales y morales, solidaridad social, disciplina social, espíritu público, laboriosidad, Es evidente que lo mejor es vivificarlas con la prédica y el ejemplo a un mismo tiempo.”

“La autarquía económica, como posibilidad inmediata, sería una política ruinosa que iría contra los intereses nacionales.”

“La tierra que dio a Bolívar, Bello, Miranda, Sucre, y tantos hombres superiores, está llamada a grandes destinos y no equivocará esta vez su camino. El pueblo venezolano demostrará que tiene mejor sentido que estos vendedores de humo y falsos profetas, que habrán perdido el tiempo, que nunca pudieron ni supieron utilizar con provecho.”

Las ideas de Adriani abrieron el panorama a la modernidad en la economía, el agro y la política. Generaron una reflexión hacia la democracia que se instauraba en el siglo XX y permitieron entender mucho de lo que en el futuro buscaríamos.

Su contribución al porvenir político venezolano se conecta con conceptos como equidad, justicia y bienestar. Adriani avizó una

Venezuela lanzada hacia el futuro, donde todos serían partícipes y protagonistas. Una Venezuela donde todos los venezolanos cabrían.

Ojalá su pensamiento contribuya a construir la República civil que todos anhelamos y a darle enseñanza y camino a los deseos de cambio. Venezuela renacerá, puede y debe hacerlo. Estoy convencido de ello.

Pero el momento histórico del país es penumbroso. Sin embargo, como pensaba Adriani, ante un cuadro de desolación, no hay lugar para el reposo. El deber nacional exige de nosotros todo lo que podamos dar. Para ello debemos contar con ejemplos sembrados en nuestra propia realidad. Modelos que nos inspiren aportando temas de imitación y motivos de perseverancia de aquellos que hicieron algo antes que nosotros. Alberto Adriani es, sin duda, uno de ellos.

Enrique Urdaneta Fontiveros
Caracas, 24 de junio de 2023